



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

Título original: THE TREE HOUSE

Publicado por primera vez en inglés en 1993 por

Methuen Children's Books Ltd.

© 1993, Gillian Cross

© 1993, Paul Howard

© De la traducción: 1995, Herminia Bevia

Traducción publicada de acuerdo con Oxford University Press

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-204-0

Depósito legal: M-9.158-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: marzo de 2019

Más de 24 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **La cabaña en el árbol**

Gillian Cross

Ilustración de cubierta de Arcadio Lobato

loquele<sub>o</sub>



*Para Anthony y Katy*



## El castaño

Santi tenía cuatro años y Juan, ocho. Vivían 9  
en una casa nueva, recién construida.

Pero el árbol que había al final del jardín  
tenía cien años.

Santi nunca había visto un árbol tan  
grande. El día en que se mudaron a su nue-  
va casa, salió al jardín y se quedó extasiado  
bajo la enorme y frondosa copa, mirando  
hacia lo alto, cada vez más arriba.

Juan bajó al jardín detrás de Santi, pero  
no perdió el tiempo mirando. Tan pronto  
como vio el árbol, gritó:

—¡Papá! ¡Ven a ver! ¡Podemos hacer una  
cabaña en el árbol!

Su padre, al igual que Juan, corrió al jardín, solo que el doble de rápido. Cuando vio el árbol se detuvo y se quedó contemplándolo.

10 —Es un castaño precioso —dijo emocionado—. El próximo invierno podremos asar castañas juntos, como hacíamos mi padre y yo.

A Juan no le interesaban las castañas.

—¿Y qué hay de la cabaña?

El padre sonrió y se puso a estudiar el árbol.

—Parece perfecto. Ahí, donde se dividen las ramas, puede ir la plataforma. Tal vez los de la mudanza me vendan un cajón grande de madera, de los que usan para embalar vajillas, para hacer una pequeña cabaña en un extremo.

—¿Y podremos tener una escalera? —preguntó Juan, dando brincos de excitación.







—No veo por qué no. —El padre sacó un trozo de papel de su bolsillo y empezó a dibujar la forma del árbol—. La cabaña puede ir aquí...

A Juan le brillaban los ojos.

—¿Podrías ponerle ventanas?

12 —Claro que sí. Y quizá mamá os haga unas cortinas.

Santi todavía miraba hacia arriba, hacia el desnudo y pelado árbol, tratando de imaginar todo aquello. Las ramas se balancearían en torno a la cabaña, que quedaría oculta cuando crecieran las hojas.

—¿De verdad nos vas a hacer una cabaña? —dijo bajito, como si ocultase un secreto—. ¿En serio?

El padre le miró y volvió a sonreír.

—Ahora mismo, no. Antes debo empapelar las paredes y terminar las estanterías en



casa. Pero no me olvidaré. La haremos durante el verano.

Cada noche, después de cenar, hacían planes para construirla. A veces, el padre tenía que marcharse a trabajar fuera, pero

siempre que estaba en casa sacaba los dibujos y planos de la cabaña antes de que Santi y Juan se fuesen a acostar. Los cuatro se sentaban alrededor de la mesa, discutiendo cómo la pintarían y qué harían con el resto de la plataforma.

14 Juan estaba impaciente.

—No hacemos más que hablar. ¿Por qué no la construimos de una vez?

—Hay que planearlo todo antes —le dijo su madre—. Mira esas estanterías que colgué ayer. Si antes no hubiese pensado bien cómo hacerlas, ahora estarían por los suelos.

—La cabaña nunca podrá caerse —respondió Juan con voz triste—, porque nunca la construiremos.

Su padre le regañó.

—Deja de gruñir. La haré cuando llegue el buen tiempo.

Santi no protestaba. Cuando Juan se iba al colegio y él se quedaba solo, corría al garaje para mirar el enorme cajón con el que harían la cabaña. Acariciaba con los dedos las tablas suaves y de color claro que su padre había comprado para hacer la plataforma. Y esperaba impaciente.

15

Un día, a mediados de julio, el padre regresó temprano a casa. Besó a Santi, le guiñó un ojo y desapareció en el interior del garaje. Cuando Santi y la madre salieron para recoger a Juan del colegio, escucharon el ruido de una sierra.

Santi apretó la mano de su madre y alzó la vista hacia ella. Estaba demasiado emocionado para decir nada, pero ella comprendió. Sonrió a Santi y le devolvió el apretón.

Cuando regresaron a casa había una escalera metálica apoyada en el castaño. El



padre estaba arriba, entre las ramas, clavando las tablas del suelo.

Juan soltó la cartera del cole junto a la puerta y atravesó el jardín a la carrera.

—¡Fantástico! ¿Puedo subir a echar un vistazo?

El padre asomó la cabeza entre las largas y dentadas hojas y emitió su terrible gruñido de Ogro Feroz.

—Si algún niño sube por esa escalera, ¡ME LO COMERÉ CON PATATAS!

Juan bailaba alrededor del árbol.

—¿Qué pasa con la cabaña? ¿Y la escalera de madera? ¿No la habrás olvidado, verdad?

17

No hubo respuesta alguna. Solo se oían gruñidos y martillazos.

Santi tiró del vestido de su madre.

—¿Podemos tomar la merienda en el jardín?

La madre sonrió.

—Os la traeré. Pero, Santi, no dejes que Juan moleste a papá.

Recogió la cartera y desapareció dentro de la casa. Santi echó a correr por el jardín. Juan estaba en la base de la escalera, con un pie en el primer travesaño. Santi se pregun-

taba qué podía hacer para detener a Juan si empezaba a trepar.

Pero no fue necesario hacer nada. El Ogro Feroz asomó de nuevo la cabeza entre las ramas del árbol y dijo riendo:

18 —¿A qué estáis esperando? ¡Venga, para arriba! Con cuidado.

En un instante, Juan estaba en lo alto de la escalera. Santi subió más despacio, agarrándose muy bien a los largueros con las dos manos.

—¡Es fabuloso! —exclamó Juan—. ¡Ven a ver, Santi!

Santi consiguió llegar arriba y miró a su alrededor. Se quedó con la boca abierta.

Estaba en una gran plataforma en el centro mismo del árbol, oculta por grandes hojas. Por todas partes colgaban unas flores largas y amarillas que parecían orugas peludas.





—¡Es fantástico! —susurró.

En ese momento sonó el teléfono.

Estaba abajo, al pie del árbol, sobre la tapa de la caja de herramientas. El padre se dirigió rápidamente a la escalera.

20 —Quedaos aquí los dos —dijo—. Al que se mueva un milímetro, ¡ME LO COMO CON PATATAS! —Se lanzó escalera abajo, cogió el teléfono y sonrió.

—¡Hola! ¿Luis?

Cuando colgaba, apareció la madre con una bandeja y cuatro tazas. El padre corrió hacia ella, riendo entusiasmado.

—¡Rosa! ¡He conseguido el contrato en América!

La madre respiró hondo y dejó la bandeja en el suelo.

—Es maravilloso. ¿Cuánto tiempo estarás fuera? ¿Cuándo tienes que marcharte?

—Saldré pasado mañana —respondió el padre cogiendo una taza de la bandeja—. Estaré fuera seis meses.

Santi parpadeó. No entendía nada.

Pero Juan sí comprendía. Se puso rojo de ira.

—¡No puedes irte! ¡No has acabado la cabaña!

21

El padre dejó de sonreír.

—Tengo que hacerlo, Juan. Se trata de mi trabajo.

—¡Vaya trabajo estúpido! —estalló Juan—. ¡Cambia de trabajo!

—No hay por qué ponerse así —le contestó su madre—. Yo terminaré de construirla.

Juan siguió enfurruñado.

—La tiene que hacer papá. Lo prometió. El padre suspiró.

—Escucha, tengo que irme. Pero puedo dejar el cajón instalado esta noche. Así tendríais ya una cabaña.

—¿Y qué pasa con las ventanas? —dijo Juan—. ¿Y con la puerta?

—Las haremos cuando regrese.

Santi retorcía entre sus dedos una de las largas flores amarillas del castaño.

—Para entonces ya habrá terminado el  
22 verano.

—Podéis jugar en la cabaña aunque no tenga ventanas ni puerta —contestó su padre suavemente—. Mientras tanto, os iré enviando otras cosas. Todos los meses os mandaré un paquete con algo para vuestra cabaña. ¿Qué os parece?

—¿Lo prometes? —dijo Juan.

—¡Lo prometo! —contestó su padre.

Santi soltó la flor y se quedó mirando cómo caía hasta el suelo.

—¿Estarás de vuelta a tiempo para asar las castañas? —preguntó.